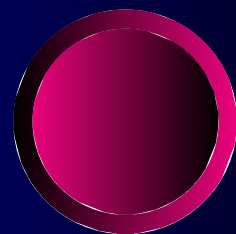


# DESPUÉS DE LA OSCURIDAD DE LA MUERTE

*Toni Castillo Girona*



© Toni Castillo Girona  
15 de Noviembre de 2000  
Cornella de Llobregat, Barcelona

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.  
San Sotero, 8. 4ª planta  
28037 Madrid

*Hace tiempo que ya no te veo,  
quizás no te llamo,  
porque no me atrevo.  
¿Habremos cambiado?  
Quizás a peor...*

HÉROES DEL SILENCIO, *Hace Tiempo*

# I

Despertó de un largo y maravilloso sueño.

Sobre su mesita de noche descansaba la fotografía de un hombre, moreno, de larga y salvaje melena, luciendo una sonrisa desenfadada; a sus piés, un ramo de rosas y una nota escrita con pulida caligrafía:

*Amada mía...*

Anna se desperezó; algunas lágrimas aún resbalaban por sus mejillas blancas, el sueño seguía estando ahí. Aquellas rosas, rojas, de excelente tallo, parecían iluminar la estancia de luz mágica. Y su sueño, mezcla de realidad y fantasía, todavía permanecía a su alrededor, como si aún estuviera durmiendo. ¡Que extraña sensación de alegría y melancolía! Se levantó de la cama, y leyó la nota como si no pudiera creer lo que estaba viendo, allí, justo bajo la fotografía de su esposo, fallecido hacía ya dos años. Y las imágenes de la noche anterior, el hombre oculto entre sombras, susurrándole maravillas a los oídos, acariciándole la cara y derritiendo su corazón, ¡que reales habían sido! Aún podía sentir el calor en su piel, un calor y un deseo que creía dormido por siempre.

— Amor mío— susurró, sin saber exactamente si sus palabras iban dirigidas a su esposo o al hombre de sus sueños.

Miró el despertador; era temprano. Como siempre, el día se antojaba frío, subyugado a su trabajo y a sus recuerdos: su esposo, alto; su melena agitándose al compás de un viento huracanado. En algún lugar sonaba una melodía romántica, pero no era capaz de identificar su autor. Recogió las rosas con suavidad; sintió que el ardor de su piel crecía y se intensificaba, y escuchó unas palabras dulces que se mezclaban con la música lejana: *Amor mío, mi Diosa...* Las rosas se deshicieron en pequeños pedazos que se escurrieron entre sus dedos, desapareciendo en el aire antes de alcanzar el suelo. Y la voz, si acaso había sido real, se apagó al compás de las flores, hasta no quedar nada más que el silencio.

—¿Que clase de hechizo es este?— preguntó a la nada, sin esperar respuesta.

Se sentó al borde de la cama, recordando imágenes del pasado, y sintió que el calor se desvanecía, como las rosas. Su marido, entrando por la puerta de la casa con una expresión de amor infinito;

ella abrazándole en la tranquilidad del hogar, besándole y sintiendo su pecho firme contra el suyo. Y aquellos viajes exóticos, místicos, siempre juntos, haciendo el amor frente a cascadas brillantes de aguas puras y cristalinas; su olor y su corazón, escuchando sus latidos mientras dormía a su lado, sintiendo su respiración plácida cuando descansaba su cabeza sobre su pecho.

Lloraba, en silencio, como había llorado durante el sueño, pero nadie había allí que pudiera consolarla. Estaba sola, rodeada de recuerdos.

Era una mujer espléndida: delgada, poseía un cuerpo grácil y femenino; piernas firmes y tiernas, piel blanca y pelo largo, negro, de ojos azul celeste, y de labios suaves, sonrientes. Era hermosa. Siempre dormía con un sencillito camisón, que acentuaba su esbelta figura; sus pies descalzos estaban fríos al contacto con el suelo.

Su marido, de nuevo, abrazándola con pasión. Deslizando sus dedos a través del pliegue de su camisón, buceando entre senderos de amor y placer, y ella sintiendo que la vida podía durar por siempre; que nada ni nadie importaban en ese momento; y él susurrándole palabras hermosas que la sacudían, la arrancaban de la realidad y la sumergían en el místico momento del éxtasis.

Anna despertó de su ensoñación, y apartó sus manos entre llantos desconsolados. Gritó de dolor, sintiendo el cuerpo como rociado en fuego; sus piernas temblaban y sus pechos estaban rígidos; sobre la cama, entre sus piernas, unas gotas ya secas.

—¡No, por Dios, no!— gritó, con horror, al silencio de su dormitorio.- ¿Por qué me está pasando esto, por qué?

Y aquellas rosas, ahora ya inexistentes, ¿habían sido reales? Su cabeza era un caos, mezcla de recuerdos, de realidades, de deseos frustrados: su hijo, ¡su hijo! Caído, perdido. Dios, aún podía ver cada noche el rostro de su marido ardiendo dentro del coche, con el cuerpo aplastado contra el capó, sintiendo como sus huesos iban partiéndose hasta no ser más que polvo y cenizas, polvo y cenizas. Y su hijo, gritando al padre desde atrás, aún vivo mientras su padre expedía su último aliento, derramando lágrimas de dolor y odio, de temor ante Dios y de pérdida por su hijo, su esposa, por todas las cosas que habían planeado y que ahora, desde su tumba de acero, combustible y fuego, se esparcían hacia los Infiernos. Y el niño, intentando tocar al padre, alargando sus manos a través de los cristales rotos, rasgándose la piel y sangrando por cien heridas, sin sentir dolor, sin sentir miedo: y después, la terrible explosión, y sus cuerpos desintegrándose en miles de pedazos que volaron hacia los Cielos, perdiéndose en el infinito.

—¡No, no, no!

Sola, en su casa, donde cada habitación poseía miles de recuerdos. Y las fotografías de su hijo, guardadas en algún cajón que ya no podía recordar; el dolor y el miedo, los remordimientos, la tristeza.

Permaneció allí, sobre la cama, llorando, sintiendo que su cuerpo dejaba de arder, notando como sus pechos acallaban su deseo; y su marido flotaba alrededor, abrazado a su hijo, y los dos sonreían desde el más allá y le susurraban:

—Todo está bien, todo está como debe de estar...

## 2

Trabajaba en una empresa de servicios informáticos, a pocos kilómetros de su casa. Siempre se desplazaba con transportes públicos desde el accidente de su marido; tenía pánico a los coches. No soportaba verlos cruzar las calles a gran velocidad, impulsados por fuerzas que, en cualquier momento o lugar, podían destruirlos.

Su vida desde entonces había sido un conglomerado de penas, de pesadillas, de despertares angustiosos, con su piel sudorosa y su corazón latiendo asustado. Vivía sola, refugiándose en sus pequeñas tareas diarias con tal de no fallecer víctima de los recuerdos. Aún conservaba amistades que habían luchado junto a ella para que el dolor y la pena llegaran a ser mínimamente soportables. Sandra, una de sus mejores amigas y compañera de trabajo, era la única amistad que, desde aquel funesto día, seguía llamándola para apaciguar su llanto. Algunas veces salían a cenar, y ella le contaba historias divertidas, anécdotas cómicas, y Anna reía hasta que una punzada repentina de dolor la sacudía, y su marido estaba allí de nuevo, junto a su hijo, observándola desde las tinieblas del olvido y de la muerte, y entonces asomaban de nuevo las lágrimas, saladas, poderosas, que resbalaban a través de sus mejillas irritándole la piel.

Pero a pesar de todo, Sandra era su única consejera, su devota seguidora. A veces, cuando no podía conciliar el sueño, pensaba que al día siguiente Sandra estaría con ella, a su lado, tomando café y explicándole mil maravillas, la mayoría relatos falsos, carentes de sentido, pero que a ella le hacían tanto bien. Y así lograba levantarse a la mañana siguiente, vestirse, acicalarse y salir al nuevo día, que no siempre era brillante; era gris, negro o marrón. Gris de tristeza, cuando las nubes estaban en lo alto y el sol parecía esconderse con miedo; negro de infortunio, cuando veía a su alrededor familias alegres que salían a pasear o a cenar en algún restaurante romántico; marrón de podredumbre, de decadencia, cuando sus días futuros parecían caer, desmembrarse, hasta no ser más que escoria en putrefacción.

Sandra sabía muchas cosas de lo que Anna sentía, porque ella misma se lo había explicado. Pero ahora, tras aquel sueño, Anna dudaba de su razón, de su cordura; temía que, de explicárselo, su mente racional terminara por acallar su llamada y diera rienda suelta a su locura.

Llegó a tiempo, como siempre, y se sirvió café caliente, aún humeante, mientras algunos de sus compañeros bostezaban de sueño. Sandra llegó poco después, tan hermosa como de costumbre, son-

riendo desde la entrada al despacho y agitando sus suaves y delicadas manos al aire caliente del lugar. Anna se sumergió en su trabajo, intentando disfrutar del café y ocultar, en lo más profundo de su mente, las rosas rojas, maravillosas, resbalando a través de sus dedos y perdiéndose en la nada. El rostro de sus dos seres amados, cubriéndolos de negro y humo; sin desearlos recordar. Y entonces, cuando creía que todo estaba en su sitio, que allí ya solo restaba su ordenador, sus papeles, sus lápices y sus plumas, la voz del sueño regresó, como un relámpago, pronunciando las mismas palabras que se plasmaron en aquella nota fantasmal: *Amada mía...*

—¡Déjame en paz, maldito seas!— gritó, levantándose y derramando el café sobre su mesa, esparciendo el líquido negruzco de sabor amargo sobre el teclado, barnizando sus notas y sus documentos. Rompió en sollozos y cubrió su rostro con ambas manos, temblando de miedo, rabia y confusión. Sintió el abrazo de Sandra, a su lado, besándole el pelo y acariciando sus hombros con ternura. Escuchó el ruido de murmullos y voces que provenían de todas partes; pasos vacilantes, su nombre. Estarían todos mirándola, como a una loca, hablando por lo bajo, explicándose barbaridades, compadeciéndola. Era más de lo que podía soportar.

—Ven,— le dijo Sandra —salgamos de aquí.

Ya en la calle, el viento frío sacudió su rostro bañado en llanto y la reconfortó. Sandra se apartó, mirándola con amor y respeto, y se encendió un cigarrillo con suma elegancia. Aspiró y expulsó el humo amarillento hacia el Cielo de invierno.

Anna secó sus lágrimas.

—¿Estás mejor?

—No lo sé— contestó Anna, intentando divisar la aglomeración de personas que iban por la calle, todas con prisa, cargando con bolsas y maletas negras, mirándose entre ellas con rencor, temor y curiosidad. En una esquina, un pobre infeliz sostenía un plato sucio y resquebrajado donde se almacenaban algunas pocas monedas que brillaban en la lejanía, cegándola. Un niño correteaba de tienda en tienda, haciendo muecas a los clientes que podían encontrarse en su interior, escupiendo luego contra el cristal del escaparate. Era su ciudad, donde había nacido y donde aún quedaban bonitos recuerdos de su infancia. Pero ahora solo eran eso, recuerdos, cosas del pasado que regresaban por las noches en forma de pesadillas, de tormentos indescriptibles. Sus padres, sus tíos, sus primos. Todos eran una gran familia, ahora ya rota por el tiempo.

—¿Te apatece tomar un café?

—Bueno.

Cruzaron la calle y entraron en una cafetería cercana, donde otras veces habían quedado para desayunar, comer o cenar algo rápido. Sentadas en una mesa apartada, Anna observaba por el cristal donde se dibujaban las letras del local, al revés, al mendigo suplicante, de ojos apagados y de aspecto cansado y raído. Ese pobre hombre moriría pronto, pensó. Moriría entre escombros y suciedad, y seguiría aguantando aquel platito entre sus manos huesudas, probablemente con tres o cuatro monedas plateadas, y algún otro pordiosero se las robaría, después de vender sus zapatos.

Durante un largo rato no dijeron nada. Sandra la observaba francamente preocupada, tomándose el café. No tenían prisa, y eso era lo que más apreciaba Anna de ella: su calma, su silencio. Cuando era necesario, Sandra no decía nada: se limitaba a mirar, y ella sentía que las ganas de explicarlo todo crecían y crecían hasta que finalmente explotaba en lágrimas, de nuevo. Su marido, un buen hombre, había sido el mejor regalo de su vida. Y su hijo, nacido de muchas noches de amor y placer, había culminado su alegría en días gloriosos. Recordaba a su esposo en aquella misma cafetería, una mañana de

agosto, esperándola salir del trabajo, bebiendo una cerveza fría, con una maravillosa sonrisa en sus labios. Y ella al cruzar la calle, saludándole con energía, corriendo para abrazarle. Y él, sentado, mirándola con pasión y ternura. Y después, ya juntos, ella explicándole que por fin, tras tanto tiempo, serían padres.

—Mi marido estuvo en esta misma cafetería— comenzó Anna, siguiendo con la mirada perdida entre el mendigo y sus propios recuerdos, —esperándome. Fue aquí donde le dije que estaba embarazada.

Sandra apartó su café y le cogió las manos.

—¿Que te ha ocurrido allí dentro?

—¡No lo sé! Creo que estoy perdiendo la razón— la miró; era una mirada de súplica, de deseo, de necesidad.

Allí estaba de nuevo; era de día, el sol brillaba en el cielo, y se podía divisar el arco iris tras las pocas gotas de lluvia, de gran colorido. Estaban juntos, y él acariciaba su espalda con la llema de sus dedos, y su sentimiento crecía imparable. Aún podía notar sus besos, tiernos, suaves, en su cuello, en su mejilla, en sus labios. La imagen se desvanecía, y poco a poco regresaba el ruido, los golpes de las tazas de café repiqueteando contra sus platitos. Y Sandra, esperando que ella prosiguiera.

—Tengo sueños, visiones o como quieras llamarlo. Esta mañana ha sido espantoso. ¡Era como si mi marido estuviera acariciándome!— estalló de nuevo en lágrimas, recordando con miedo y vergüenza sus manos deslizándose entre las piernas, sus dedos que parecían tan masculinos hundiéndose en su interior, y sus gemidos de placer en el momento del éxtasis final. —Pero en realidad, allí no había nadie, ¡nadie aparte de mí misma, como una adolescente ardiendo en su cama!

Sandra la miraba con aire maternal, algo sorprendida por sus palabras. No esperaba algo así, al menos no de su mejor amiga. Anna usó las servilletas de papel para limpiarse las lágrimas.

—Hoy, en el trabajo— prosiguió —he escuchado una voz. Está en mi cabeza, ¡y no se va!

—¿Qué clase de voz?

—Es como la de un poeta, o la de un músico. Suave, tierna, ¡se parece tanto a la de mi marido!— tiró las servilletas de papel al cenicero situado justo en el centro de la mesa.

—Creo que no deberías estar sola tanto tiempo, al menos no por las noches— dictaminó Sandra —Podrías venirte a mi casa unos días, ¿que te parece?

—Me crees loca.

—¡No!— negó firmemente con la cabeza. —Simplemente creo que te pasas las noches sola, y que eso no puede ser bueno para nadie.

—Supongo que tienes razón.

Sí, era posible. Su vida desde la muerte de su marido y de su hijo había destacado por las insondables noches en soledad, presa del pánico cuando la oscuridad gobernaba la casa y el silencio ofrecía ingentes dosis de inseguridad. Jamás había existido otro hombre desde entonces, y sospechaba que jamás lo volvería a ver: sentía que sus muertes, ahora, no podían ser más injustas. Pero aún y así, le resultaba imposible amar a otro, pues de algún modo ella seguía siendo madre y esposa al mismo tiempo, más allá de la muerte. Sí, quizás Sandra tenía razón, quizás era precisamente esa soledad la que le confería misticismo y religión a sus visiones; las rosas rojas, la voz dulce y melodiosa que la atormentaba desde aquella misma noche. Soledad, la noche silenciosa. Silenciosa y tétrica. ¿Debía aceptar su invitación?

—Entonces ven— le dijo Sandra, con una gran sonrisa en la cara. —Te irá bien. Saldremos a cenar por ahí, y luego iremos al Teatro. También podríamos irnos de vacaciones este fin de semana, a algún lugar soleado y veraniego, ¿que te parece?



Anna comenzó a sonreír, a su pesar. Su amiga tenía grandes dotes para comprender y calmar los dolores más agudos del ser humano. Era una joya en medio de una ciudad sucia, desprovista de verdades y cubierta de hipocresías y miedos que sentenciaban las vidas de prácticamente todas las personas que en ella habitaban. Eran títeres de una sociedad muerta, perdidos entre el afán del consumismo y del bienestar, bienestar que se traducía en muebles más caros, en piedras preciosas grandes y ostentosas, en abrigo de piel brillantes y en camisones de seda azul, impecables. Pero para Anna el bienestar no era sino estar de nuevo con su esposo y su hijo, acariciar sus cuerpos y besar sus mejillas. ¡Verles, ahora, allí, en aquella cafetería, sería un regalo de Dios! Y los veía, claro que sí, en sus sueños, sueños turbios enrojecidos de maldad, de locura, que la arrastraban hacia cualquier lugar distinto de la vida. Quizás la muerte.

—Déjame pensarlo, ¿vale?— le contestó Anna, esperando que Sandra comprendiera que era demasiado pronto para tomar cualquier decisión.

—Hecho. Pero debes venir.

Se levantaron y salieron de nuevo a la calle. El mendigo ya no estaba, en su lugar seguía el plato sucio, amarillento, lleno de delgadas líneas que indicaban su rotura inminente; unas pocas monedas brillaban desde su interior, tan deslumbrantes como al principio. Un hombre vestido con harapos se paró frente al plato y lo observó con ojos desorbitados; miró hacia delante y hacia atrás, hacia derecha y hacia izquierda, hacia arriba y finalmente, de nuevo, hacia el plato. Cogió las monedas con un rápido y casi imperceptible movimiento de sus manos y prosiguió su camino, hacia ninguna parte en concreto. Cuando Anna estaba ya a punto de entrar en el edificio de su empresa, vio al mendigo a lo lejos entrar en un bar y cerrarse la puerta tras él.

Cuando volvió a mirar hacia el plato, en el mismo sitio donde había estado antes, éste se resquebró finalmente y se partió en cientos de pedazos de cerámica que se esparcieron por la acera, fundiéndose con ella hasta desaparecer por completo, bajo las pisadas de los transeúntes que pasaban por allí sin darse cuenta de nada.

Entonces, regresaron los gritos, las lágrimas y la locura.

## 3

Era tarde; el día comenzaba a oscurecer, dejando las calles en sombras.

Anna dormitaba en su cama, arropada con su larga bata blanca, tan hermosa como siempre. Su cuerpo temblaba ligeramente debido al frío, que había aumentado considerablemente desde la mañana, soñando con momentos pasados, con momentos futuros, con días de honor y gloria. ¡Ah, que dicha, que belleza, que hermosura! Contemplarla allí, en aquella casa humilde pero amorosamente adornada, era un regalo del mismo Dios!

Si, era maravillosa: había nacido en el seno de una familia obrera, y lo que recordaba de sus propios padres eran sus enseñanzas, todas válidas, todas ciertas. Su madre, una mujer alta, rubia, de complexión fuerte y de espíritu emprendedor; su padre, de pelo canoso y de larga y fornida barba blanca; ¡que tiempos aquellos! Era increíble verles, de nuevo, andando por su calle, la calle donde había aprendido a vivir, a respetar, a sobrevivir: amigos, amigas, vecinos y familiares; todos eran parte de su pasado, de los días aquellos en los que despertar era un deseo, una necesidad; jugando, riendo, comiendo chucherías del quiosco de la esquina, donde su anciano propietario seguía sonriendo a los críos a pesar de su cáncer. ¡Cuántos hombres la desearon desde entonces! Tuvo muchos amantes, algunos maravillosos y otros no tanto; lloró y pataleó de odio, de miedo y de frustración, el amor, ¡el amor!, que cosa más extraña, más dolorosa y al tiempo más fantástica: podía volar, subir y subir por los cielos a través de mundos y dimensiones, para caer de golpe contra el frío y sucio suelo de la tristeza. Y así era; un legado de su madre, un sentimiento de incompreensión y dolor que atenazaba su cuerpo, que la quemaba y que, cuando llegaban las noches, apagaba con sus manos de princesa, sin hacer rudio, sin levantar sospecha.

Allí seguían todos; en aquella calle larga, estrecha, de tiendas y tiendas, de mercadillos, de coches y de ancianos sentados en sus sillas blancas, de plástico, durante las cortas y suaves noches de verano. Y ahora, en su vida, regresaban melancólicamente en sus sueños para susurrarle palabras, para recordar, para alargar sus momentos y sus plegarias hasta más allá de la muerte misma. ¡Quién no ha deseado regresar a su infancia, rememorar aquellos amigos, aquellos días de fama y fortuna! Ah, sin duda, Anna lloraba por muchas más cosas de las que ella entendía o conocía; niñez, infancia, ¡jamás podría sentir nada igual desde entonces! Sentía dolor por la pérdida de su marido y de su hijo, un dolor agudo y

penetrante que la derrocaba cada día, cada noche, que la sumergía en el peligroso sendero de la locura, que la poseía para destruir su alma y su cuerpo, ¡Dios! Y, a pesar de ello, sus padres, sus amigos, su vida de niña, dolía quizás más incluso.

Muchas tardes de invierno, tardes como esta, Anna miraba su álbum de fotografías y lloraba de tristeza al verlas. Lloraba porque cuando era niña no tenía grandes problemas, todo era simple y la complejidad no existía; salía a la escuela temprano, junto a sus amigas, y reían y murmuraban cuando veían a los chicos, con aquellos cortes de pelo y aquellos cigarrillos que se asomaban entre sus orejas; intercambiaban notas en las aulas, siempre en silencio, intentando que el profesor no las viera, y después dejaban que sus cuerpos rozaran equívocamente los traseros de los chicos; ¡que recuerdos, que tiempos! Y su primera experiencia sexual, tan extraña y dolorosa, creyendo que se estaba desangrando y que moriría en brazos de otro, aferrado a ella como poseído por la fiebre del deseo. Sí, época de sexo, de risas, de música y de bailes de escuela, de paz y de guerra, de amor y de odio, de bondad y de esperanza. Esperanza de una vida alegre, jovial; de una vida llena, plena, inmejorable. ¡Cómo dejaban volar su imaginación, soñando despiertas que algún hombre las amaría por siempre y que serían madres de algún niño prometedor! Incluso se jactaban de quiénes eran y quiénes no aptos para ellas, quiénes eran guapos y quiénes feos, quiénes simpáticos y quiénes no; y ahora, echada en su cama, con lágrimas aún secas en sus mejillas de leche, todo aquello no era más que un recuerdo doloroso, imágenes pasadas que dolían como cien puñales clavados en el pecho.

Un ruido la sacó de su ensoñación.

Se levantó, mirando a su alrededor como desconcertada. Allí estaba la fotografía de su marido, sonriéndole desde el más allá. No había rosas esta vez. Salió del dormitorio y fue hacia el comedor, una gran sala con una mesa de madera, brillante, situada justo en el centro; allí, sobre ella, un mantel de flores silvestres y tres platos, tres tenedores, tres cuchillos, tres vasos y tres servilletas. En los platos, de cerámica, decorados de cenefas verdes y azules, restos de comida. En los vasos, de simple cristal blanco, dosis desiguales de agua, cerveza y vino.

—Oh, Dios Santo...— murmuró, tapándose los labios con sus manos, temblorosas, frías.

Cerró los ojos, presionándolos con fuerza, rezando para que al abrirlos de nuevo nada de aquello siguiera allí; pero cuando volvió a mirar todo estaba donde había estado antes: su marido, su hijo, y ella, cenando juntos en el comedor, como casi cada noche. Y allí estaba él, sentado justo enfrente, terminándose la cerveza, guiñándole un ojo y sonriéndole con complicidad; y su hijo, mirando la televisión como hipnotizado.

—¿Que tal te ha ido el día cariño?— le preguntó aquel espectro, su marido muerto.

—¡No eres real!— gritó ella —¡Nada de esto es real, estáis muertos, MUERTOS!— se lanzó contra la mesa, agarrando los platos y tirándolos contra el suelo; se rompieron en mil pedazos, desgarrando el silencio de la casa, derramando los restos de comida; arremetió contra los vasos, contra la mesa, intentando arrancar aquel mantel de flores silvestres, mientras gritaba de locura y desesperación. Y, de repente, la mano caliente, maravillosa, de su marido, cogiéndola por la cintura. Y después su voz sosegada, plácida, susurrándole desde su espalda:

—Amada mía...tranquilízate...

No podía ser real, ¡no podía serlo! Ah, pero olía a él, sabía a él, y el crío seguía atento al programa de la tele, como si nada de aquello estuviera sucediendo en ese tiempo, en ese lugar. ¡Pero aquellos brazos, aquella voz, eran tan reales! Y entonces, él la cogió entre sus brazos, acunando su rostro en su pecho, y la llevó a través del comedor, pisando sobre los platos rotos que poco a poco iban desapa-

reciendo, hasta el dormitorio; la depositó con un amor y una suavidad desmesurada sobre la cama, y miró su fotografía con ilusión y alegría, y unas rosas brotaron desde la nada y la cubrieron de pétalos; ella gemía, sentía dolor, pero él se colocó sobre su cuerpo y la besó en los labios, buscando su lengua, y ella se dejó llevar, flotando hacia el cosmos, mientras su marido la amaba, narrándole maravillas indescritibles, mientras entraba en su interior, mar adentro, preso del oleaje terrible y descomunal del placer consumado; y a lo lejos la música, de nuevo, aquella hermosa melodía, que alguien debía estar tocando solo en ese instante, y el ruido lejano de los dibujos animados en la tele que su hijo estaba mirando en el comedor. Y él diciéndole:

—Amada mía, te deseo...

¡Y cuán ciertas eran esas palabras! Su sexo era desgarrador, su cuerpo ardía y sus pechos bullían de deseo; y él seguía entrando y saliendo con suavidad, mientras ella solo deseaba que fuera más brutal, que hacía ya tanto tiempo de todo aquello que su deseo era insaciable, tumultuoso. Y después, sintió que se apartaba y la besaba, acariciando su rostro blanco, ahora enrojecido por la pasión, y que la cubría con su bata blanca, arropándola contra él para que no sintiera frío después.

Se durmió, dejando que la felicidad la embargara, soñando que su marido estaba con ella, que su hijo seguía viendo los dibujos de la noche, y que todo era como siempre había sido; sus padres gritaban de alegría y cantaban canciones, era Navidad, y todos abrían los regalos bajo el árbol; en la mesa turrónes, champán y vino; en algún tocadiscos viejo sonaban villancicos que todos entonaban con amor, y las luces del belén iluminaban sus rostros joviales y felices. Si aquello era estar loca, si aquello no era real, deseaba ser parte de ello por siempre. Soñar hasta su muerte, vivir dentro del sueño de su familia perdida, de aquella calle estrecha donde jugaba con sus amigas mientras sus padres hacían el amor en la casa, antes de que ella regresara. Si aquello era vivir una mentira, la viviría como si fueran mentiras ciertas, tan o más ciertas que su realidad, ahora triste, perdida.

—Amada mía...

Era él; hablándole a través del sueño, como un ángel. Su voz se desvanecía poco a poco, resonando en su cabeza, como palabras que llegaban desde muy lejos.

—Amada mía, ¡cuanto te he echado de menos!

Y ella sintiendo sus manos sobre sus pechos, sobre su corazón, que latía acaloradamente. Y su contacto era dulce y tierno, como antes, y sus palabras suaves como la brisa en el mar, y su cuerpo tan apetecible como recordaba...

Un ruido la sacó de su ensoñación.

Se levantó, mirando a su alrededor como desconcertada. Allí estaba la fotografía de su marido, sonriéndole desde el más allá. No había rosas esta vez. Salió del dormitorio y fue hacia el comedor, una gran sala con una mesa de madera, brillante, situada justo en el centro; allí no había platos, ni tenedores, ni cuchillos, ni vasos ni servilletas. Ni tan siquiera el mantel de flores silvestres. Solo un jarrón de flores sintéticas alzándose hacia la lámpara del techo.

—¡Oh, Dios Santo, estoy perdiendo el juicio!— gritó, a la sala silenciosa, desierta, escuchando su propia voz como si de una loca se tratara. —¡Dios Santo, haz que pare, haz que pare...!

Cayó al suelo, llorando, sintiendo la pena esparcirse por todo su cuerpo; lloró durante horas de miedo y de dolor, lloró hasta ahogarse en su propio llanto, hasta que la noche era noche y el cansancio acabó poseyéndola.

4

*Era una niña la que corría por las calles del barrio, agitando sus manos suaves e infantiles hacia los cielos, cuando la lluvia comenzó a caer. Tendría unos catorce años, y ya era toda una mujer. Giró por la calle del mercado, adentrándose a gran velocidad por entre la muchedumbre que paseaba sin comprar, observando como los hombres recogían las ropas, la bisutería y los discos de vinilo para que la lluvia no los llegara a estropear. En una esquina de la calle, poco antes de salir del mercado, un chico la llamó por su nombre; era Juan. Anna paró en seco, sonriéndole con picardía, y él se acercó, con un cigarrillo colgándole de la comisura de los labios y las manos enfundadas en los bolsillos de su cazadora de piel negra, brillante.*

*—Vaya, ¡que sorpresa!— su voz era grave, pero extrañamente seductora. Era un joven que había crecido rápido, subyugado a los problemas de una vida carente de alegrías, atenazado por los vicios prohibidos que saboreaba cada día, cada noche, sin temor por esconderlos.*

*Anna le cogió el cigarrillo y lo tiró al suelo, machacándolo con su pie derecho. La colilla se espachurró, esparciendo el tabaco y rasgando el papel de arroz, mezcla de ceniza negra y humo amarillento que terminó por enmudecer.*

*—Deberías dejar esto— le dijo Anna.*

*—Debería dejar muchas otras cosas, cielo— sus ojos se apagaron, dejaron de brillar, y su rostro adquirió un tono triste y melancólico. —¿Te apetece tomar algo?*

*—Bueno... pero está lloviendo.*

*—¡Esto no es llover!— rió; de nuevo sus ojos brillaron y su aspecto mejoró.*

*—Está bien.*

*Juan la atrajo hacia sí de repente, y Anna pudo aspirar su fragancia y sentir su pecho, firme, fuerte, atrapada entre sus brazos de hierro. Sus ojos brillaban más que nunca, y durante un momento sus miradas se encontraron: hipnotizada, vió el dolor, el miedo y el deseo reflejados en sus ojos, y pensó en besarle. ¡Era tan bello, tan dócil, tan distinto! Juan parecía un hombre soñando despierto, perdido en sus pensamientos, como poseído por algún hechizo invencible.*

*—Eres la única chica que conozco... que me acepta—. Su voz era débil, casi un murmullo, y de no haber estado tan cerca uno del otro, Anna jamás podría haberla escuchado. Entonces, él la besó, y ella se sintió arrastrar hacia su cuerpo, donde bullía el deseo bajo sus ropas. Las gotas de lluvia caían sobre sus rostros, pero ellos*

*ni siquiera podían percibirlos, inmersos en el beso, ¡el beso!, mientras la gente apresuraba el paso para guardarse del día frío, oscuro, siniestro.*

*Cuando sus labios se separaron, Juan seguía sosteniéndola entre sus brazos fuertes, mirándola con intensidad. El deseo de sus cuerpos parecía hacerles arder, como si el frío ya no existiera.*

*—Ven a casa, allí estaremos bien— le dijo Juan. Cuando vio la expresión de Anna, añadió: —no temas, jamás te haría daño—. Ella asintió, dejando que él la rodeara con sus brazos y la guiara a través de la lluvia, del frío, del cielo gris y de las nubes tormentosas, avanzando por el sendero del amor y del deseo, mientras los demás cruzaban a su alrededor, revoloteando, como si ni tan siquiera fueran reales.*

## 5

A lo lejos sonaba el timbre de la puerta, rasgándole los oídos.

Anna intentó levantarse, pero su cuerpo se resignaba a ello. Por el suelo decenas de botellas de whiskey vacías, aún derramando las pocas gotas que aguardaban en su interior, manchándolo. Apoyó sus manos y tiró con fuerza, sintiendo que todo giraba a su alrededor, notando como las náuseas subían desde su estómago, provocándole arcadas y tos. El timbre seguía sonando, insistente, cada vez con mayor fuerza. Ya en pie, avanzó guiándose por sus ojos enrojecidos, extendiendo los brazos para palpar las puertas y las paredes a fin de no golpearse, pues su mirada mostraba los colores entre brumas. Sus pies tropezaron contra una botella, que se desplazó rodando sobre sí misma hasta pararse más allá. Cuando consiguió llegar hasta la puerta, al otro lado la voz de Sandra gritó:

—¡Anna, se que estás ahí, abre!

Sandra, ¡Sandra!, su única amiga de verdad, su confesora, su salvadora, ¡creía que estaba loca! Oh, Dios Santo, tener que despertarse entre alcohol y tristeza, cuando el mundo seguía existiendo fuera de aquellas paredes endemoniadas. Verse reflejada en el espejo como una enloquecida, con su rostro de leche ahora más pálido, pálido y enfermo, mientras las náuseas proclamaban a voz en grito que pronto llegaría el vómito. Y Sandra fuera, esperando que ella le cediera el paso, para abrazarla y susurrarle palabras de consuelo, ¡cuando el consuelo no existía! No podía verla, no ahora, ¡era imposible! Si acaso pudiera pronunciar algunas palabras, aunque fueran pocas, que sonaran crédulas, inteligentes, para que Sandra se marchara, y así poderse quedar allí, sola, acompañada tan solo por las imágenes que poblaban la casa, por la figura de su marido poseyéndola, por las risas del hijo perdido, por el dolor, la muerte y la agonía.

—¡Anna, abre!

El timbre, de nuevo, tronando en su cabeza con furia. ¡Dios, haz que pare, que se vaya, por favor, por favor...! Y entonces, la puerta se abrió, y allí estaba él, ¡jél!, sosteniendo una botella de champán y un ramo de rosas rojas, perfectas, maravillosas, y su sonrisa de duende, y su cuerpo de hombre. Anna retrocedió, asustada, sintiendo que el vómito llegaba, que el miedo la confundía, que fuera lo que fuera que estaba allí, frente a ella, no podía ser más que su fantasía corrupta, y que la realidad que vivía, que

sentía, formaba parte de la locura y la mentira. Y él mirándola sorprendido, como si no entendiera el motivo de su reacción, cerrando la puerta tras él y agarrándola por la cintura, dejando que los pétalos de las rosas rozaran sus mejillas pálidas, dotándoles de más color.

—Vete, por favor, no eres real, no eres real...

Y él, besándola con ternura, susurrándole:

—Oh, Anna, mi Anna, pobre Anna...

Entonces las arcadas la hicieron doblegarse, y el vómito estalló, esparciéndose por el suelo, derramándose a través de las flores, salpicando la botella de champán. Intentó levantarse, notando el sabor amargo en sus labios, y su marido ya no estaba allí, pero en su lugar permanecían las rosas, ahora negras, muertas, secas. Corrió hacia el baño, agarrándose el estómago con ambas manos, guiándose quizás por la desesperación; abrió el armario, tiró por los suelos medicamentos, jabones, botellas, frascos de colonia, peines, hasta encontrar lo que tanto ansiaba.

Sentada, cerró los ojos, dejando que la infancia regresara, que aquel chico llamado Juan viniera a buscarla, con su cazadora negra, su cigarrillo y su amor y su bondad; y sus padres, y sus amigas, y las calles de su barrio.

Todos estaban esperándola, pronto llegaría. Pronto, después de la oscuridad de la muerte.

FIN